

La Noche de los Lobos Hambrientos

*“ Ira de hermanos
Ira de diablos. ”*
– Refrán Popular –

Esta noche he estado escuchando. Y he recordado una frase. Bienaventurados los débiles porque de ellos será el reino de los cielos.

Hoy tenemos vista de pájaro. Hoy, somos águilas...

Un país.

Una ciudad.

Un barrio.

Una calle.

Una casa.

Una puerta abierta.

Unas escaleras hacia arriba.

Unos peldaños.

Una puerta cerrada. Un pomo. Un chirrido.

Una habitación oscura. Un interruptor que no funciona.

De repente.

Una cabeza. Una cabeza gris y deformada.

Unos ojos rojos inyectados en sangre.

Unas pupilas rojas como por el disparo de un flash.

¡Flash!.

Unos dientes. Una mueca feroz. Una cabeza de una fiera.

Una cabeza de un ser feroz. Un ser humano.

Y ahora.

Un bate de metal.

Una palanca.

Un hierro.

Estalla.

Revienta la cabeza. Unos sesos que salen despedidos por el aire.

Un gemido.

Un gruñido.

Un cuerpo que cae. Un golpe sordo.

Una cabeza.

Un cuerpo.

Un suelo.

Un mosaico monocolor escarlata que decora el suelo y parece avanzar a pseudópodos.

Un suspiro.

Una luz. Un farol. Un olor a gasolina.

Una chispa.

Un fuego.

Una hoguera. Una pira.

Olor a carne quemada.

Aníbal se seca el sudor con la manga mientras tira el bate y se deja caer al suelo.

Un hombre.

Abre la mochila. Ya casi no le queda comida. Va a tener que salir a por provisiones. Es la segunda vez en este... ¿mes?. Ya no sabe ni en que día vive. ¿Jueves o sábado?. No debería comer tanto. Pero necesita estar fuerte. No puede debilitarse. Se incorpora. Mochila a la espalda. Palo de metal en la diestra. Cesto de lechero con sus correspondientes botellas de cristal en la zurda. Nos vamos.

La calle. Es de día. No hace sol. No llueve. Sólo es de día. Aníbal camina por la calle. Solo. No se ve a nadie, pero él sabe que están ahí. Siempre están. Avanza. Camina deprisa pero no corre. No deja de pensar en la misma frase. No soy una presa. Un dogma.

Gira una esquina. Un ultramarinos. Perfecto. Donde recordaba. Espera que no haya entrado nadie desde la última vez que estuvo aquí. ¿Y quién va a entrar?. Nadie se comerá la comida. Llega hasta la puerta. Oye un grito. Muy lejano. Se gira enarbolando el bate.

La calle. La avenida. Desierta. Sólo papeles en el suelo, esparcidos. Volando. Un baile sobrecogedor. Silencio. Nada. Sólo silba el viento. Una ciudad vacía. Empuja la puerta. Está abierta. Normal. Está destrozada. No tiene ni bisagras. Cristales rajados. Cuidado, no te cortes. No queremos apestar a sangre. Entra.

Deja el cestillo de lechero en el suelo. Coge una botella y se la guarda en el bolsillo. Delicadamente. Imposible saber si han entrado. Está tan revuelto como la última vez. Saqueado. Todo. Paquetes abiertos por el suelo, comida desparramada, olores fuertes y nauseabundos. Podredumbre. El suelo mojado por haberse rotos las botellas. Carros volcados y máquinas registradoras destrozadas. No se oye a nadie. Aníbal salta la cajas y se dirige hacia las conservas. Sabe que es lo único que merecerá la pena. Recoge latas. Llena su mochila. Está resultando demasiado fácil. La mochila ya está llena. Pesa mucho. Al intentar echársela al hombro, resbala con el aceite que hay esparcido en el suelo. Caen sobre los vidrios rotos. Se corta. En el hombro izquierdo. Un rasguño sin importancia. Pero ahora debe salir pitando. Enciende el trapo que sale de la boca de la botella que llevaba en el bolsillo. Ya sabe lo que va a pasar. Corre hacia la puerta.

Cuando llega a ella, ve una sombra en el umbral. Están ahí. En la calle. A través de los cristales rotos, no es capaz de distinguir un rostro. ¿Busca un rostro?. No hay resentimiento. Lanza la botella que explota a los pies de la figura. La gasolina se desparrama y prende. Prende también la silueta. Y otra que había al lado. Un hombre y una mujer. Unos segundos y ya son antorchas humanas chillando como diablos. Aníbal odia sus chillidos. Cogiendo de nuevo el cestillo de lechero sale corriendo. No se gira a ver a la pareja arder. No hay remordimientos.

Continúa corriendo hasta la esquina de antes. Ahora sí. Mira a su alrededor. Hay docenas de ellos. Le han olido. Maldiciendo, observa como avanzan hacia él. Un grupo de hombres de color, seis, se le acercaron por delante. Avanzan lentamente, tanteando el aire. Olisqueándolo. Se tropiezan entre ellos. Gruñen. Siguen avanzando. Aníbal enciende otra botella. Aguanta la respiración y la lanza sobre el primer hombre.

La botella no se rompe. Golpea en el pecho del negro. Rebota. Este intenta cogerla. La abraza. Pero ya es sólo aire. La botella golpea el suelo. Se rompe. Una barrera de fuego crece sobre el asfalto. Aníbal vuelve a coger aire. Está viciado de humo. Se tapa los ojos y vuelve a correr.

Los hombre continúan andando. Algunos están ardiendo. No parece importarles. Otros caen al suelo bajo espasmos. Tampoco parecen importarles. A Aníbal sí que le importa. Que vayan cayendo. Perdió la cuenta de cadáveres hace tiempo. ¿Cuáles están vivos y cuáles muertos?. De todas formas no dejaron de salir.

Continúa corriendo hasta su casa. Antes de llegar ve otros dos más en la puerta. Están husmeando a su alrededor. Desorientados. Aníbal no deja de correr hacia ellos. Al

final le huelen. Giran sus cabezas amorfas e intentan enfocar con sus pupilas rojas al chico que llega corriendo hacia ellos.

Aníbal imprime fuerza a su brazo derecho y rompe la cabeza del primer ser con la barra de metal. El muerto se desploma en el suelo. Muerto una vez más. ¿Cuántas más?. Aníbal le pisa la cabeza y levanta la barra de hierro. Ruge con fuerza hacia el otro. Realmente intenta intimidarlo. El ser duda, le mira unos instantes. Aníbal golpea con fuerza verticalmente de arriba abajo con el bate y destroza la cabeza del segundo. No le gusta el chasquido del cráneo. Pero, junto con el fuego, es lo único que los deja muertos.

Entra en la casa. Al intentar subir a su habitación, encuentra más cuerpos a su paso. Lanza un par de botellas más, invocando una vez más a molotov. Arden como si fueran paja. A golpes con el bate los consigue tirar por el hueco de la escalera. Más carnaza para la carne. Abajo oye los gritos de gente que corre a por él. Sigue subiendo. Debe ignorar el dolor que atenaza su hombro.

Al fin llega a su puerta. Está cerrada. Busca las llaves en sus bolsillos. Sudando a mares. Está nervioso. Aníbal se desespera. Continúan subiendo las escaleras. No encuentra el maldito llavero. Al final lo consigue sacar de su bolsillo de un tirón. Justo en el momento en que la turba llega al mismo piso. Se abalanzan sobre él.

Sacude el bate, destrozando cabezas y partiendo cuellos. Se le caen las llaves. Cae al suelo rodeado de gente. Le están intentando morder. Las piernas, los brazos. Intentan arañarle la cara, los ojos. Aníbal chilla fuertemente. Le parece que el grito suena demasiado solitario para estar rodeado de gente. ¿Son gente?. No. Son sólo carne. Estira la mano.

Consigue el llavero. Suelta una patada y una mujer se echa hacia atrás. Aprovecha para zafarse de la presa. Y se levanta. La mujer está arrodillada enfrente a él. Aturdida. Han dejado de subir. Aníbal no se lo piensa. Agarra el bate con las dos manos, y balanceándolo, lo incrusta en el cráneo de la fémina. Con la espalda pegada a la pared, abre la puerta con las llaves. Las personas le miran. Él también les mira. No hay duelo porque los ojos de unos no tienen ni un atisbo de inteligencia. Aníbal entra en su casa y cierra la puerta.

No ha podido ni dejar la mochila y ya oye los golpes en la puerta. Sabe que la intentan tirar abajo. Saben que esta ahí. Lograrán echarla abajo. Más tarde o más temprano. Sabe que cada vez más cuerpo se apilaran en su puerta. Esperando a que ceda. A que él salga. No sabe cuando va a acabar esta locura. Pero ellos siguen esperando. No quedan alternativas.

Se dirige a su habitación. Unas pocas velas decoran la tibia sala. Está desnuda exceptuando un gran armario de metal y unas pocas fotografías colgadas de la pared. Una mujer. Aníbal. Aníbal y una niña. La niña y la mujer. Aníbal abre el armario. Dentro descansa un fusil de asalto Kalashnikov. Ak-47. De lo mejor que pudo encontrar. Nunca la ha sacado. Sólo para defenderse en último caso en su guarida. Y este es el caso. Coge una de las fotos. La que sale la mujer y la niña. Le da un beso frío y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta. Un talismán.

Se asegura que el arma este cargada y sin seguro. Recoge su pequeño arsenal abre una ventana. Por supuesto, es consciente que escapando por la ventana no va a tener más suerte. Se ha puesto a llover. Cae la noche. En la escalera de emergencia mira hacia abajo. Ya han comenzado a subir por la pasarela. Los ve allí. Avanzando, gruñendo, mordiendo. Como si discutieran. Algunos sí consiguen trepar por la escalerilla, otros caen al vacío y se quedan inmóviles en el suelo.

A Aníbal no le queda otro remedio que subir para arriba. No falta mucho, Aníbal vive casi en la última planta. Llega a la azotea y se dedica a golpear con la culata del

fusil los tornillos oxidados que sujetan la escalerilla de emergencia a la pared. Los cuerpos siguen subiendo. Aníbal oye un gruñido a su espalda. Y se encuentra con otro rostro inhumano. Le sonrío en la cara. Mostrando unos dientes amarillentos, con trozos de carne en medio y rezumando saliva sanguinolenta que le cae por la barbilla. Aníbal también sonrío. Tiene la bocacha del fusil apoyada en la mandíbula de la cosa. Aprieta el gatillo y cierra los ojos para que la sangre no le salpique en los ojos. Da un último golpe a la escalerilla. Que cede. Cae, junto con un montón de personas que subían por ella. Una argamasa de hierro y carne se desploma con fuerza sobre el suelo. Haciendo un ruido ensordecedor. Aníbal ve que la puerta que comunica con el edificio está abierta. Ya han llegado arriba. Le siguen por el olor. Maldita sea.

Salta la azotea alcanzando el edificio de al lado, que está a menor altura. Pero ve que no puede avanzar más. El edificio de delante tiene la tapia demasiado alta. Se asusta. No sabe que tiene que hacer. Desde la azotea de enfrente. La de su casa. Comienzan a llover cuerpos al intentar saltar de un lado a otro. Aníbal ve como algunos ni siquiera llegan a la cornisa. Ni se ayudan los unos a otros. Simplemente saltan como pueden. Algunos no son más que niños. Otros, ancianos que deberían descansar en sus tumbas desde hace tiempo. Se le ocurre una idea al ver una manguera en una de las paredes.

Tironea de ella para tantear su aguante. La desenrolla y se acerca a la cornisa. Se sube a ella. Se deja caer, para comenzar a deslizarse por la fachada. Hace un esfuerzo por no mirar hacia abajo. Ya han llegado varios a la azotea pero no se acercan a la manguera. De repente Aníbal como la tensión de la goma se pierde al romperse sus anclajes, demasiado oxidados. Nota como cae.

En un último instante algo; ¿alguien?, agarra la manguera. Aníbal nota que comienzan a tirar hacia arriba. Le cuesta unos segundos entender que le están remolcando hacia arriba. Le atraen hacia ellos. Se lo van a comer. Si les dispara, soltarán la manguera. Sabe que el ruido de los disparos les asustan. Así que no puede hacer nada más que esperar. Como un molusco esperando que el tentáculo del pulpo le lleve hasta su pico letal...

La cuerda sigue elevándose, cada vez ve a más tirando de ella. Los oye olerle, husmearle. Por primera vez se fija en sus ojos. Los ve como siempre, vacíos, limpios, de un nítido color rojo. Un pensamiento le acude a su cabeza. No ven. Son ciegos. Se guían por el olfato. Él no se había dado cuenta hasta ahora. No sabe que significa. Pero está claro que son ciegos. Continúa avanzando, cada vez más cerca. Aníbal decide dar una patada a una de las ventanas de la fachada. El cristal cede fácilmente. Ve como ellos no miran la ventana, no ven como él se introduce en la habitación. Se limitan a seguir tirando de la manguera.

Una vez dentro de la habitación, Aníbal ve a una señora sentada delante de la televisión. Está viendo uno de esas reposiciones de algún programa estadounidense famoso. Desde que ocurrió la catástrofe, las televisiones dejaron de emitir y no paraban de poner esas reposiciones. Aníbal las odiaba. La señora se levanta. Aníbal se pregunta por un instante si le va a ofrecer un té. Pero la señora parece tener otros planes y se abalanza sobre el chico. Lleva varios días sin comer. Aníbal apunta con el rifle y dispara. Clava la bala entre los dos ojos rojos de la anciana, levantándola. Empujándola dos metros hacia atrás por el impacto de la bala. Sorprendentemente no sale casi sangre. Tan solo una pequeño agujero entre ceja y ceja.

Aníbal tiene hambre. Sabe que le van a seguir buscando. Pero por ahora no puede moverse más. Su estómago le ruge con fuerza. El esfuerzo físico se cobra su parte. Abre la mochila. Mierda. Hay muchas menos latas. Se le han debido caer mientras colgaba de la fachada. Joder, ahora debe buscar comida. No quiere comerse esas latas. Sólo hay tres

o cuatro. ¡Putita mala suerte!. Aníbal piensa que él no está ciego, se debería haber fijado. Él todavía puede pensar en algo más que en devorar a otras personas. Él no tiene los ojos rojos. Se golpea con la mano en la frente. Echa un vistazo alrededor. Su cabeza comienza a pensar. Recuerda otro dogma. No te pares. No hay compasión. Ignora el dolor y el ruido, pero no el cansancio. Suspira.

Rebusca en la casa de la anciana. Pero allí ella tampoco tiene comida. Su casa parece un estercolero, por lo menos, huele como tal. La vieja vivía entre escombros y basura. Entre montones de mierda. Aníbal ya está acostumbrado. Todas las casa del barrio, todas las tiendas en las que ha entrado, no están en mejores condiciones. Aníbal no sabe si hay alguien como él en la ciudad. No cree que sea el único. No quiere pensar en ello. Le produce náuseas. Pero... ¿Hace cuanto que no habla con alguien?. No recuerda otra cosa que correr, huir de los que le persiguen. Sobrevivir. Pero cada vez con más frecuencia se pregunta si merece la pena. Apesadumbrado. Vuelve a dirigirse hacia el salón de la casa, donde esta el cadáver de la anciana. Aníbal lleva en la mano un gran cuchillo oxidado de cocina. Sabe lo que tiene que hacer. No le gusta. ¿A quién coño le gustaría?. Pero sabe que no tiene otro remedio. Además, reconozcámoslo, no es la primera vez.

Comienza a descuartizar a la anciana. Lo primero que separa es la cabeza. No soporta mirar los ojos. No aguanta que la comida *te esté mirando*. Termina de separarla del tronco, y la lanza hacia el balcón. Después le quita toda la ropa a la señora y comprueba si hay luz o gas en aquella casa. Por supuesto que no la hay. En ninguna parte. ¿En serio, no hay nadie, en todo el país, capaz de hacer que algo funcione?. Aníbal cada vez se siente peor con sus pensamientos y sus expectativas. Lo piensa mientras va abriendo en canal a la mujer, sacando las vísceras, separándolas. No se atreve a comérselas. Ya lo intentó y le entraron náuseas. No puede aguantar la idea de alimentarse de otra persona. Ve los órganos internos como filtros de veneno. Así que comienza con los muslos, las piernas, las pantorrillas. Coge los pedazos desgajándolos con el cuchillo. Mastica sin pensar en otra cosa que en él mismo. ¿en que me he convertido? ¿Soy acaso como ellos?. Piensa que la antropofagia no es algo placentero, pero ¡qué diablos! Seamos pragmáticos. Dicho esto, aparta un fémur y se dispone a continuar con el siguiente. Lo dicho. Ya no hay compasión.

En ese momento alguien llama a la puerta. O más bien, algo da un golpe muy fuerte contra la puerta. Aníbal da un respingo. Se levanta. Nota como si despertara de un mal sueño. Se mira. Y se ve manchado de sangre. Grandes manchas rojas oscuras manchan su suéter, sus pantalones, su cara. Aterrorizado, recuerda lo del olor a sangre. Demasiado tarde. Corriendo se acerca al balcón. Demasiado demasiado tarde. El sabor a sangre invade su cuerpo como una droga. Volviéndolo loco.

Cientos de personas se agolpan en la calle. Aníbal no había visto tanta gente nunca desde hace mucho tiempo. Nunca tanta, desde que sucedió la catástrofe. La escena es sobrecogedora.

Como si Aníbal fuera el primer ministro o algo así. La gente se transforma en turba, a los pies del edificio donde se encuentra. Ahora entiende que son ciegos, pero pueden oler a sangre desde kilómetros. Todos acuden allí. Aníbal espera encontrar algún gesto de humanidad, algún amparo. Una esperanza. Pero tan solo oye los gemidos lastimeros de la gente que anda muerta. Los chillidos enervados de algunas mujeres que se abalanzan unas sobre otras. Los lloros de los niños pequeños, que tan solamente son capaces de arrastrarse por el suelo, mordisqueando los pies de los adultos. Aníbal se siente como el rey de los muertos. Desde los alto de la balaustrada, mirando a sus tropas inmortales, que no irán a ninguna batalla lejana. No pasarán a formar parte de la historia, ni siquiera de las leyendas. Pues duda si quedará alguien capaz de escribir todo

esto. Por un momento, en medio de este caos de depravación. En el límite de la compresión humana. Cuando todo está perdido. La raza extingue a la propia raza. Cuando el hombre por fin se ha convertido en lobo, y ya no distingue otra cosa que no sea presa. Aníbal, repleto de carne humana, se siente especial. Se siente como la última persona en toda la tierra con un poco de razón, que conserva lo que nos distingue de los animales. La quintaesencia del ser humano. Vuelven a oírse los golpes en la puerta. Esta vez más fuerte.

Aníbal se limpia la sangre de la boca con la manga. Coge el fusil, lo carga. La puerta cede justo en él mismo momento que algunos seres comienzan a trepar por la fachada. Aníbal comienza a disparar. Ráfagas de balas. Apunta a la puerta derrumbada, donde la turba comienza a entrar como agua desbordando una presa. Entra sin orden, todos juntos. Tropezándose y atrancándose en el hueco de la puerta. Aníbal no cesa de disparar al montón. A quemarropa. Algunos cuerpos caen, otros tiemblan, no se sabe si vivos o muertos. El calor se empieza a acumular en la habitación.

El olor a sangre cada vez es más fuerte. Cada vez excita más a la masa de gente amorfa. Cada vez atonta más a Aníbal y a sus predadores. Aníbal recuerda haberlos visto como gente normal. Sus vecinos, sus amigos. No estos, pero pasó igual en toda la ciudad. Gente normal, se volvía agresiva. La ira comenzó a reinar en las familias, en las calles, en los ayuntamientos. Hasta en el parlamento. Aníbal recuerda una de las últimas escenas emitidas por la cadena principal. Mostraba a los ministros arrancando trozos de senadores con los dientes. Era como si de repente todo el mundo se hubiera vuelto loco. Pero nadie era capaz de dar la explicación del porqué y llegó un momento que no había nadie para poder pensar lo que era un “porqué”. A esas alturas Aníbal ya se había refugiado en los conductos de agua residual. Él no sabía lo que pasaba. Pero tampoco estaba dispuesto a quedarse para averiguarlo.

Tras cierto tiempo, salió de las alcantarillas. Él no había notado ningún cambio. Volvió a su casa. Pero la ciudad ya había sido derruida, bombardeada y dinamitada por sus propios habitantes. No tardó en aprender que ahora reinaba la ley del más fuerte. Y en este momento veía al sr. Darwin preguntándole ¿te sientes apto?.

La gente dejó de entrar por la puerta. Atrancada con los cuerpos que habían caído. Aníbal soltó el gatillo. Otro fugaz momento de locura había pasado. El olor hombre y a pólvora llenaba la sala. Aníbal cada vez se sentía más furioso. Cada vez se sentía más acorralado. No dejaba de oír a los que estaban al otro lado de la puerta roer los cadáveres de sus compañeros para pasar dentro. Los primeros escaladores llegaron al balcón de la anciana. Aníbal los vio. Apuntando contra sus cabezas fue abatiéndolos conforme llegaban al balcón. Estos se soltaban con un tímido lamento y caían los ocho pisos de altura como globos de agua. Estallando al llegar al suelo. La gente de la calle ni se apartaba al verlos caer. Unos golpeaban contra la muchedumbre, otros caían sobre los coches aparcados. Pero siempre había otros que seguían trepando. Lo sabía. Hiciera lo que hiciera, siempre estaban dispuestos a escalar posiciones para devorarlo. Y él, no quería ser devorado.

Seguía disparando, sin cesar. Aníbal no sabe cuanta munición tiene un Ak-47, ni lo necesita saber. Cuando se acabe la última bala, esta, será como un último grano de arena deslizándose hacia el fondo del reloj de arena. ¿Cuándo se rompió el tiempo? ¿cuándo dejo de importar el *cómo* para fijarse exclusivamente en el *fin*?. Aníbal filosofaba mientras los cuerpos caían a su alrededor. Los disparos hacían que algunos seres huyeran en desbandada. Pero no se sabe si por el olor a sangre, el rugir del hambre, la ausencia de oídos y el simple no querer escuchar; hacia que otras personas se mantuvieran firmes mientras Aníbal los reventaba a cañonazos. Hubo un momento que

en el piso de la anciana se agolpaban los muertos. Yacían en montones. Y Aníbal cada vez se sentía más cansado.

Ya le habían mordido varios de ellos. Pero no significaba problema. No era cómo en un principio se pensó. La enfermedad no era contagiosa. ¿Tan siquiera era una enfermedad?. Aníbal tan solo tenía la certeza del odio que le estaba colmando las esperanzas de salir de allí. Había sobrevivido muchos días ¿aquel era el fin?. No creía en los milagros pero reclamó uno. El suelo estaba pringado de sangre y vísceras, y cada vez más se parecía a un enorme nicho. O una enorme fosa común donde los cadáveres por fin podrían descansar. Aníbal se hallaba parapetado tras el sofá. Disparando. Disparando. Disparando sin cesar. Los fogonazos cada vez eran más continuados. Los seres ya entraban en manada. Intentando arrinconarlo. Y consiguiéndolo.

Última confrontación. Cuando hizo el disparo, Aníbal ya sabía que era el último cartucho. Se alzó y por unos instantes, replegó fuerzas en su interior. Saltando sobre ellos. Comenzó a repartir patadas y golpes con la culata del fusil. Luchando como el último ser humano sobre la tierra. Ellos no eran humanos, no podían ser personas. Aníbal dudó de que en algún momento lo fueran. Ya no distinguía. El odio rezumaba por sus ojos inyectados de color rojo. No existía diferencia. Al fin y al cabo siempre era igual. Hombres luchando contra hombres. Hombres que quieren ser superiores a sus iguales. Necesitan sentirse especiales dentro de un grupo inabarcable. Así que es lo de siempre. Aníbal sonrió mientras destrozaba torsos con sus manos. Luchemos contra ellos, démosles toda la ira que tenemos acumulada. Es mi turno y vais a pagar por toda la injusticia de mi vida. Yo no debería morir. No ahora. Pero en este caso. Venderé muy cara mi piel. Aníbal se dejó llevar. Los ojos tremendamente de color rojo...

Y hoy tenemos alma de águila. Hoy, ya somos lobos...

Un hombre. Cadáveres. Luchando. Una batalla. Una eternidad. Una lucha constante. Ya forma parte de ellos. Devorando devorados. Fundiéndose en una masa de carne amorfa. Alejémonos.

Una ventana.

Un balcón.

Un edificio.

Un bloque.

Una manzana.

Una barriada.

Una ciudad.

Un panal gigantesco de hormigón. Millones de personas arrastrándose en las calles.

La noche.

Arden los edificios. La gente aúlla como si fueran lobos.

El hambre vuelve a dominar el mundo.

No somos más que animales buscando una presa.

Sólo sabemos ser predadores.

Y la tierra no aguanta más.

Seguimos volando lejos. ¿Cuándo seremos saciados?